

POESIA ECUATORIANA

EL ÚLTIMO PUERTO

Marcelo Báez Meza

I

En el nombre de mi padre
De mi hijo
Y del mangle santo
Vivo en una urbe donde todos le dan la espalda a la ría
Remueven la pátina de las estatuas de bronce
Derriban casas viejas como quien manotea naipes
Habrá que conformarse consultando
Los libros que informan cómo se vivía antes
Cada vez hay menos brazos de ría
Los autos sobrepasan el número de peatones
Ciudadanos del primer puerto del reino de Quito sufren
de amnesia atemporal:
Han olvidado el himno a su ciudad o cómo vivían sus
ancestros
Se esconden del presente en los centros comerciales
Para despilfarrar el tiempo o mirarse en el espejo de
cualquier anhelo
Los arquitectos abrazan como modelo otros lares
No miran a Roma o Atenas para reconstruirla
No revisan la antigua cartografía
No recogen los pasos del historiador cauto
Pocos son los que recuentan la lengua de los abuelos
La devoción por el pasado es tan falsa como la sonrisa
de un burgomaestre
Por las noches, Santiago de Guayaquil es un
crucigrama de luces
Un burdel donde los parques están enjaulados
Impidiendo la escapada de los próceres
Un paredón en el que día a día mueren los oficios de
antaño
Un laberinto perdido dentro de sí mismo donde el único
minotauro es el tiempo
El resto...
No sé

II

A Santiago de Guayaquil la fundaron varias veces
A mí tan sólo una
Fui un adelantado de mí mismo
Estuve a punto de nacer en el cerro al que todos llaman
la Culata
Fui dado a luz en un prostibulario por unas negras
curanderas
Estuve en el Támesis y tapé mis narices con el olor
nauseabundo
En Venecia todo es muerte inclusive el agua
Que juega a ser negra de cerca y verde a lo lejos

En el Nilo y el Missisipi también enfrenté superficies
turbias y pestilentes
El espeso Guayas que rodea al puerto
Nada tiene que envidiar a la podredumbre de otros ríos
de mayor estirpe
Durante el invierno se llena de alfombras verdosas
La gente las llama lechuguines
Pero hay un olor que no lo tiene cualquier ciudad, mas
no proviene del río
Es el de los grillos muertos en la esquina de cualquier
invierno
Habría querido ser fundado varias veces y en diversos
lugares
Tan sólo me queda recordar
Que amaba cruzar el río en una lancha que iba a la
ciudad vecina
Cada vez hay menos barcazas debido a los bancos de
arena
Pronto desaparecerá el río y con él estos poemas

III

El Corregidor cambió de nombre las calles
Él nunca se equivoca, así que nadie lo corrige
Ay quien se atreva a cuestionar el fulgor de sus edictos
La memoria sigue sin retener los nuevos letreros
Ordenanza maldita que anula el pasado
No es fácil rebautizar rúas
Peor cambiar la historia detrás de cada nombre
El borrar un apellido es como anotar en letras de oro:
Este hombre hizo poco o nada por el puerto
La solución que se asoma es de una sencillez prístina
Habremos de darle otro nombre al maestro del burgo
E inscribirlo en la calleja más insignificante de la urbe

EL ORO Y LA SANGRE

Vladimiro Rivas Iturralde

Un dorado altar barroco americano. Estampida de
palomas bajo la bóveda del templo atravesado por un
rayo de luz cegadora. En el nicho central, un tigre y un
oso libran un combate feroz, sin fin y sin comienzo, a
muerte, sin que mueran. Se dan horribles dentelladas
y se desgarran a zarpazos. La sangre chorrea sobre el
oro del retablo y las bestias no caen nunca; resbalan
las pezuñas y las garras sobre las piedras sagradas,
pero no caen nunca. Persigue la memoria grabar en
fuego cada una de las irrecordables alternativas de ese
mortífero combate, recordar cada cambio de postura de
las bestias: cómo se yerguen en dos patas, trastabillan,
se arremeten aun a coletazos, cómo se odian con furia
inocente, pero las peripecias de ese lance escapan al
ojo ávido. Sólo permanece el fulgor de la abundante
sangre de los dos inmortales chorreando sobre el oro
barroco del retablo.

TAL COMO EL AGUA

Antonio Preciado

PALABRA DE MUJER (a Susana Cepeda de Ferrín)

Sonia Manzano

Una mujer se va a lanzar
desde lo más alto de su cerebro en llamas
tuvo que escoger
entre ser devorada por angustias dementes
o irse llevándose consigo
la parte más difícil de sí misma

Se ubica tras de sus espaldas
y se empuja hacia el vacío

Desciende velozmente
su cuerpo va chocando
contra ángeles de vidrio
ubicados sin remedio
en los pisos impares de la noche

Y no llega a estrellarse
como estaba previsto
no se convierte en polvo
su cuerpo de por sí ya fragmentado

La salva su palabra
que se abre sensual y plena
en el último instante

Todo esto pasó
así como lo cuento
palabra de mujer
palabra sagrada
palabra por completo consagrada
a ser siempre mujer
sin dejar de ser palabra

Antonio Preciado (Esmeraldas, 1941). Escritor ecuatoriano, poeta y catedrático universitario. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Jolgorio*, 1961; *Más acá de los muertos*, 1966; *Tal como somos*, 1969; *De sol a sol*, 1979; *Poema húmedo*, 1981; *Espantapájaros*, 1982; *De ahora en adelante*, 1993; *De sol a sol (antología)*, 1992; *De boca en boca*, 2005; y *De par en par*. Es actualmente Ministro de Cultura del Ecuador.

Parto de que me bebo este poema,
de que yo siempre sueño cataratas,
de que no en vano se me va la lengua
sí, aunque se atoren las palabras secas,
cuando empujo mi sed,
empieza el agua.
Empieza el agua buena de los niños
el agua niña del alegre charco,
el agua de los lunes,
los domingos,
el agua primordial de todo el año;
el agua audaz que se decide a ola,
el agua firme que horadó la roca,
el agua torrencial que me ha mojado;
el agua lavandera de la casa,
el agua pobre que jamás descansa,
el agua que anda a pie por los sembrados;
el agua perspicaz que al coco trepa,
el agua que pensó con la cabeza,
el agua sabia que colmó el milagro;
no el agua tonta que confió en la arena,
no el agua boba que se dio a la pena,
no el agua insulsa que se ha vuelto santa,
no el agua que se enjuaga los pecados,
no el agua dolorida de la lágrima,
no el agua boquiabierta de la gárgara,
no la gota voraz como un océano,
no el agua mansa resignada a poco,
no el agua muerta de los ahogados
ni el aguasangre de mi pueblo roto.

Marcelo Báez Meza (Guayaquil, 1969). Ecuatoriano, licenciado en Letras y Ciencias de la Educación por la Universidad Católica de Guayaquil. Catedrático universitario. Ganador de algunos premios nacionales de literatura. Ha publicado tres poemarios, un libro de cuentos, dos novelas y dos libros de crónicas de cine. El último de ellos es *El gabinete del dr. Cineman* (Libresa-Casa de la Cultura Núcleo del Guayas, 2006).

Sonia Manzano (Guayaquil, 1947). Doctora en Ciencias de la Educación, especialización Literatura. Profesora de Piano graduada en el Conservatorio Antonio Neumane. Rectora del Instituto Integral Sudamericano (plantel de educación primaria, media y superior). Poeta, narradora y ensayista. Su obra consta en antologías del Ecuador y en extranjeras. Ha publicado 10 poemarios, 3 novelas y un cuentario

Vladimiro Rivas Iturralde (Ecuador, 1944). Escritor ecuatoriano, residente en México. Ha preparado ediciones anotadas de varios autores ecuatorianos y de otras latitudes. Es profesor-investigador en el Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco. Autor de los siguientes libros: Cuentos: *El demiurgo* (Quito, 1967), *Historia del cuento desconocido* (México, 1974), *Los bienes* (México-Quito, 1981), *Vivir del cuento* (Quito, 1993). Ensayo: *Desciframientos y complicidades* (México, 1991), *Mundo tatuado* (Quito, 2003). Novela: *El legado del tigre* (Quito-México, 1997), *La caída y la noche* (México, 2000).